



COMO ESTA EL SERVICIO

LAS chicas de San Sebastián de los Reyes y de la parte de Extremadura, que eran las que salían buenas y sabían sacar la cera a patadas y sacar brillo a la plata echándole el aliento, hasta contraer un enfisema pulmonar (enfermedad muy corriente entre primeras doncellas conscientes de su obligación), aquellas chicas, digo, ya están todas trabajando en una fábrica de penicilina, en Alemania, de modo que de sacar la cera ya nada, porque no hay más cera que la que arde. Y en cuanto a la plata, se está poniendo negra y lo mejor sería llevarla al Monte de Piedad.

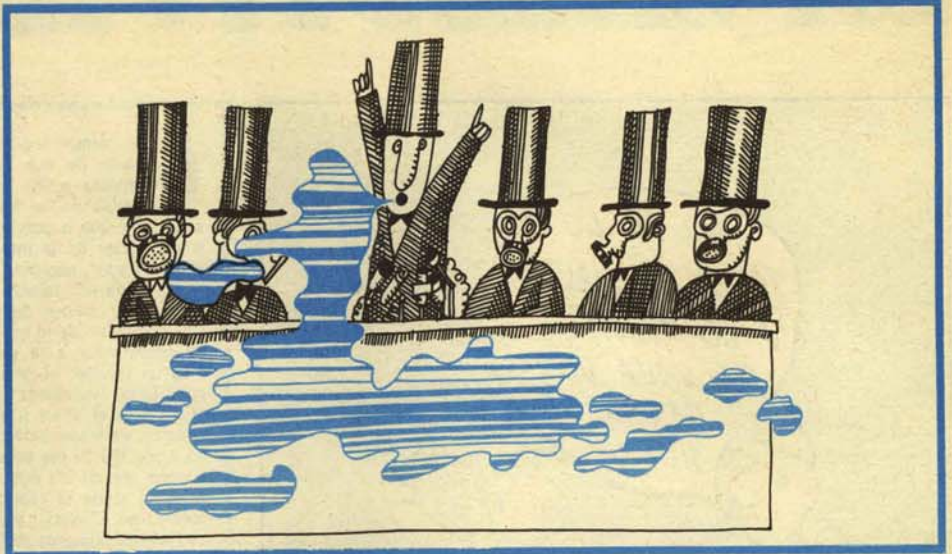
Lo único que encuentra usted, si pone un anuncio, es una minifaldita de estas que, aparte de no dejar dormir al perro dormido del señorito, entran y anuncian la cena de cualquier manera:

—Señora, el caviar sintético está servido.

No hay que decir que es sintético, pero ellas lo dicen, porque lo han probado al traerlo de la cocina. Otras te sueltan delante del embajador invitado: "Señora, la sopa de sobre está servida". O bien: "Señora, los restos de la comida están servidos", si lo que se sirve es una cena. No hay manera. No es como antes, que las educabas en la casa, desde pequeñas, las traías del pueblo y las casabas con el recogepelotas del señorito, cuando el señorito ya no tenía más pelotas que recoger.

Pobre chica la que tiene que servir, decía la copla demagógica. Ahora tienen hasta un sindicato de Actividades Diversas, un señor García Carrés, que es su líder, y se llaman empleadas del hogar. La de la foto va así porque la señorita siempre le regala la ropa que a ella le ha encogido en el tinte. El señor Gavilanes está buscando una que sepa decir: "La cena política está servida".

LORD



THE SPANISH NAZARENO

BUENO, pues ya está la clase media española preparando maletas para celebrar la Semana Santa como Dios manda: cilicios para el muslo, potaje de espinacas para el ayuno, sábanas moradas, cíngulos y capirotos para las procesiones. Y cirios con empuñadura de plata. En la otra maleta, la clase media pone el bikini, el petardo de marihuana y el afrodisíaco. Para los sociólogos, la Semana Santa española debería ser el mejor caldo de cultivo de sus investigaciones. Media burguesa expone las carnes olisqueadas por el invierno al sol de las playas y la otra media hace penitencia. Los obreros, claro está, siguen en el tajo y a lo sumo cogen el autobús y se van al pueblo a comer rosquillas de Viernes Santo con la familia. Pero eso no cuenta.

La clase media, con el pecho abrochado con terlenka y el delco del coche a punto, en estas sagradas fechas lo mismo puede disfrazarse de nazareno o de romano que correrse una juerga en Benidorm. Lo mismo puede acompañar a la Dolorosa con ojos alucinados dentro del gorro ese terminado en punta, con una bolsa de caramelos de fresa en un paquete en la ingle, que largarse a Ibiza para drogarse como un enano mientras los tambores de las santas co-

fradías resuenan bajo la luna llena en las noches tibias de la Andalucía. La Semana Santa española es un ejercicio puramente surrealista. Un jefe de negociado puede disfrazarse de romano con las blancas pantorrillas liadas con cinta de cuero y no pasar nada. Un empleado de Correos puede atarse unas gordas cadenas en el calcañar desnudo y arrastrarlas sonando por los adoquines de la calle y ser felicitado después por los compañeros de trabajo. Un corro de disciplinantes puede azotarse mutuamente los lomos en público a ritmo de trompeta y terminada la procesión irse todos a la taberna de la esquina a echarse unos lingotazos de tinto en franca armonía. Yo no lo entiendo. Se ve que esto de la Semana Santa hay que llenarlo con algo raro: poniéndose mantilla española para visitar monumentos, dándose un leñazo en el coche con despanzurro familiar en el terraplén, calzarse el bikini y mientras los demás rezan al Cristo del Gran Poder atizarse una bacanal en Marbella. Todo menos hacer lo que es debido: que es irse al cine a ver la «Túnica Sagrada» y comer tortilla de espárragos.

VICENT

